

ESCRITURAS DE UNA UTOPIA.
EL RELATO DE UN VIAJE DE JUJUY A BUENOS AIRES
EN 1876

Avelardo tenía 19 años cuando el 11 de febrero de 1876 dejó su Jujuy natal para estudiar Medicina en Buenos Aires. Los variados aspectos de un viaje abrumador por su duración y sus grandes dificultades, quedaron registrados en un diario que el viajero llevó con minuciosidad y constancia indesmayables. Hoy, casi un siglo y medio más tarde, la lectura de aquellas memorias ofrece una serie de pistas para acercarse a muy diversas peculiaridades de las provincias del norte de la Argentina al comenzar el último cuarto del siglo XIX. El joven aspirante a médico se ocupó de describir paisajes, ciudades, pequeños poblados y cuadros de costumbres, al tiempo que proporcionaba datos geográficos e históricos, formulaba opiniones sobre la política y los gobiernos, hablaba de su vida familiar, y reflexionaba sobre el futuro de los territorios que iban desplegándose ante él.

Con este panorama elaborado conscientemente, se entreveran, además, una serie de aspectos que el autor no imaginaba que también estaba poniendo de manifiesto, como los distintos discursos que atraviesan su escritura y las presiones que sobre ella ejerce el género “relato de viajes”. Tanto las características formales de este como los aspectos propios de los modelos consagrados por los viajeros del siglo XIX terminan por configurar un texto que se dispara en varias direcciones. Como homenaje al Bicentenario de la Revolución de Mayo, privilegiaremos los testimonios relacionados con el “viaje” que había emprendido el propio país, partiendo de los vestigios de herencia colonial y las cicatrices de los enfrentamientos posteriores a la independencia hacia los proyectos y las utopías de la modernización. Pero los relatos de viajes constituyen un género híbrido, documental-literario, y los textos no solo proporcio-

nan testimonios sobre los caminos recorridos, sino que también iluminan aspectos de la interioridad del autor y dan cuenta de una serie de inquietudes de los lectores a quienes se dirige. Intentaremos, entonces, en las próximas páginas, abordar estos tres aspectos en las memorias del viaje de un joven nacido y formado en la provincia situada más al norte del territorio argentino, a lo largo de los 1525 km que lo condujeron hasta la Capital, y le permitieron dar testimonios de un país que, como él, esperaba la entrada definitiva en la adultez.

Quién era el viajero

Avelardo era hijo de Ángel Rueda, descendiente de una familia arraigada en América en tiempos de la conquista, y de Genara Castañeda, sobrina nieta del padre Francisco de Paula Castañeda. La memoria de este tío abuelo profesor de Filosofía en la Universidad de Córdoba, político combativo que de unitario pasó a ser un apasionado federal, y que fundó numerosos periódicos como el *Despertador Teofilantrópico* o el *Desengañador Gauchi-Político*, donde hacía gala del lenguaje rabelesiano y virulento que le acarreó el mote de “el de la santa furia”, habrá contribuido quizá, a abonar las preocupaciones políticas y el entusiasmo patriótico que se manifiestan en el diario de su descendiente. Pero tales inquietudes también deben haberse nutrido de sus “raíces indianas”, según son estas definidas por Félix Luna¹. Para el historiador, los verdaderos “indianos” no fueron los personajes estereotipados que aparecen en el teatro del Siglo de Oro español, sino los nietos, bisnietos y posteriores descendientes de los primeros pobladores españoles del antiguo Tucumán², llegados en los siglos XVI y XVII. Luna los llama “el material con que se fue fraguando la sociedad vernácula de los primeros siglos”, y se refiere a la fuerte identificación que establecieron con sus patrias chicas como al germen del “genio federal”, utilizando la expresión de Bartolomé Mitre. Tal identificación se alimentó con el arraigo secular de los “indianos” en aquellas comarcas, y para ilustrar la fuerza de su sentido de pertenencia frente a las instancias superiores del poder,

¹ LUNA, FÉLIX. “Los indianos”. *La Nación*, Suplemento Cultural, Buenos Aires, 18 de octubre de 1992, pp. 1-2.

² Es decir, de la jurisdicción que comprendía toda la región norteaña del país actual.

Luna relata una anécdota protagonizada precisamente, por alguien perteneciente al tronco de los Rueda. En 1789, el santiagueño José Bravo de Rueda increpó al cabildo de su ciudad por incluir en su nómina a varios españoles recién llegados. El alcalde lo llamó al orden a lo que D. José respondió mandándolo a un lugar escatológico puntualmente registrado por el Secretario de Actas.

Aunque la prosa de Avelardo no se aparta nunca de los buenos modales, es evidente que el muchacho se sentía con plenos derechos a decir, por ejemplo, de los gobiernos de su provincia:

... desgraciadamente la mayor parte han sido indolentes al progreso i al adelanto público. Así vemos que en vez de emplear las fuerzas vivas del país en la solución de los problemas que han de efectuar una reforma radical, una revolución completa en las costumbres i en nuestro modo de ser social, consolidando nuestra organización política, han agotado sus elementos i enfriado el patriotismo de los hijos de la Provincia, comprometiendo el presente i el porvenir.

Volverá otras veces sobre estas preocupaciones, dando su testimonio de jujefe e hijo del Norte. No obstante, al llegar a Buenos Aires, recuerda que es la tierra de su abuelo materno, el sobrino del belicoso sacerdote:

No sé lo que pasó por mi corazón al aproximarme a las playas bonaerenses, cuna de mi abuelo materno. No iba a encontrar en ellas mi hogar perdido pero iba a hallar algo que no olvidaré nunca: amigos afectuosos que me dispensaran bondades inmerecidas.

Estas palabras apuntadas sobre el final del diario revelan que, en el fondo, Avelardo sentía que pertenecía a dos mundos: a su terruño natal y a Buenos Aires. No manifiesta ningún tipo de resquemor maniqueo que oponga la provincia a la Capital, y elogia a esta sin retaceos. El objeto del deseo que recorre su escritura es que el trabajo empeñoso de los hombres del Norte, como parte de un avance progresista que involucre a todo el país, conduzca a su región hacia un ideal de sociedad que ve encarnado en las grandes ciudades del Centro. Sus inquietudes utópicas

destacan, por ejemplo, la tradición cultural de Córdoba³, la distribución equitativa de la fortuna en Rosario⁴, y una serie de aspectos de los servicios públicos de Buenos Aires⁵.

Es común en los relatos de viajes que los pensamientos y los sentimientos de los autores se presenten tensados permanentemente, entre el punto de partida y lo que imaginan, buscan, o llegan a encontrar en los destinos elegidos. Y la preocupación por poder palpar soluciones para los problemas de la propia sociedad, como en este caso, es habitual. Pero asimismo suele aflorar otra expectativa que es el deseo del viajero de encontrarse con sus orígenes, como también lo manifiesta el fragmento citado. Hay relatos de viajes en los que tal deseo constituye el tema principal y otros donde asoma solo esporádicamente, como ocurre en el texto que nos ocupa. Sin embargo, aunque se manifieste asordidamente, es un aspecto que conviene no descuidar porque incorpora a la escritura una dimensión diferente de la que corresponde a preocupaciones concretas de determinadas situaciones históricas. El viaje en búsqueda del origen es uno de los símbolos más arraigados a través de los siglos en el desarrollo de la cultura. Forma parte de los motivos que Segre identifica como “residuos de experiencias atávicas”⁶, sobre los que más adelante volveremos.

La descripción que hace Luna de la vida de las familias “indianas” durante la colonia y los primeros tiempos de existencia independiente, guarda correspondencias con los recuerdos que desgrana Avelardo, del hogar del que se va alejando. El historiador cita los testamentos como

³“Se comprende a una simple mirada la importancia de aquella población, por la abundancia de grandes i hermosos edificios públicos que ostenta en sus calles. El mas inesperto reconoce en ella la ciudad que cifre el bonete de Santa Teresa”.

⁴“Las calles del Rosario, tiradas a cordel, ostentan bellos i elegantes edificios, cuya sencillez y armonía revelan una equitativa distribución de la fortuna”.

⁵“Toda la ciudad está perfectamente alumbrada a gas i dotada de numerosos faroles. [...] Varias empresas de tramways van i vienen, durante todo el día i hasta las doce de la noche, por las calles de la ciudad i los pueblos vecinos, acortando las distancias, ahorrando el tiempo i proporcionando todo jénero de comodidades a sus numerosos pasajeros. [...] La policía de seguridad está perfectamente organizada i dividida en tantas secciones cuantas tiene la ciudad, i cuenta con un servicial número de vijilantes para la seguridad de la población. [...] La Municipalidad despliega mucho celo por la limpieza e higiene públicas...”.

⁶SEGRE, CESARE. *Principios de análisis del texto literario*. Barcelona: Crítica, 1985, p. 111.

pruebas de que no poseían más fortuna que algunas tierras, de que llevaban una existencia austera, del orgullo que sentían por sus antepasados y del apego que demostraban a las ceremonias y formalidades de la vida comunitaria⁷. Es una existencia de este tipo, junto a sus padres y sus hermanas, Eloísa y Adela, a la que parece aludir Avelardo en los siguientes fragmentos:

Mamá cortaba i arreglaba la ropa blanca que debía formar parte de mi equipaje, Eloísa la cosía en la máquina i Adela la marcaba prolijamente. Al mismo tiempo hacían los dulces i preparaban los demás comestibles y víveres. [...] Repartidas por toda la ciudad mis tarjetas de despedida, mientras yo lo hacía personalmente de los miembros de mi familia i de las personas más respetables i queridas con quienes había mantenido relación de intimidad, me retiré a casa a marcar los cuatro vultos que iban a hacer el todo de mi equipaje. Este consistía en un baul de cuero donde se encontraba toda mi ropa, el envoltorio de mi cama, una bolsa con un surtido completo de abundantes comestibles i un saco de noche con cosas ligeras presisables a cada momento. [...] Tan luego como salí de la ciudad i pasé el Río Chico, que le sirve de límite al Sud, esperí un nuevo dolor al contemplar una finca que había sido de mis antepasados i que en la actualidad pertenece a mi madre –“San Pedrito” i “El Comedero”–.

Avelardo demuestra también una sincera religiosidad en la que encuentra consuelo cuando se siente solo o enfrentado a un futuro incierto. La devoción propia y la de su entorno lo llevan a protagonizar la siguiente situación en una posta salteña:

Una pobre mujer al vernos bajar de la mensajería se nos apareció con una criatura moribunda en los brazos, implorando de los viajeros le hicieran el servicio de bautizársela antes de que pereciera. Yo que me compadecí de la situación de la infeliz mujer, me ofrecí gustoso a bautizarle su criatura. Dicho i hecho. Invité al joven Guerrero que parecía el más formal para que sirviera de padrino⁸, i haciendo por mi parte,

⁷ LUNA, FÉLIX. “Los indios”..., p. 1.

⁸ Es el mayoral del carruaje, del que más adelante se hablará.

los oficios relativos al sacerdote, la bauticé con la mejor buena intención, tal cual lo manda la Iglesia. La pobre mujer quedó tan contenta i agradecida que no sabia como manifestarme su gratitud, pero los muchachos después me enloquecieron a bromas.

En ese momento, los únicos viajeros que iban en el carruaje eran siete jóvenes jujeños y salteños que se trasladaban por sus estudios universitarios a Tucumán, Córdoba y Buenos Aires.

El manuscrito

El texto del diario está inédito y se halla entre otros papeles de Avelardo que poseen sus herederos. Por tal razón, hemos incluido en estas páginas citas frecuentes, que pueden resultar a veces, algo extensas. Pero constituyen una pequeña antología necesaria para ilustrar las cuestiones analizadas. El manuscrito lleva el título de *Apuntes de viaje de Jujui a Buenos Aires* y se encuentra en un cuaderno rayado con formato de libro y tapas duras. Está organizado en capítulos numerados, con índice y un apéndice que registra los principales establecimientos públicos y privados de Buenos Aires. Al final de estos, después de los templos católicos y protestantes, hospitales, bancos, consulados, teatros, bibliotecas, clubs y otros, no deja de consignar: “Como en toda ciudad grande i cosmopolita, hai en Buenos Aires muchas casas de tolerancia”.

Está escrito con una cuidada caligrafía de la época, que al igual que la redacción esmerada y el aporte de variados datos documentales, contrasta con la absoluta precariedad de la mayoría de los sitios donde descansaban los pasajeros. Queda claro que Avelardo actuó como muchos otros viajeros, llevando durante su itinerario un diario informal y redactando una vez acabado el viaje, el texto definitivo. De todos modos, no transcurrió mucho tiempo entre su llegada y la versión conservada, ya que ofrece el manuscrito a su familia en una carta fechada el 19 de septiembre del mismo 1876. A ellos estaba destinado como primeros receptores, pero el joven esperaba seguramente que lo hicieran circular entre los conocidos, y que sus descripciones y su ideario se difundieran entre aquellos con los que compartía en mayor o menor grado las preocupaciones que expresa.

La ortografía como ya se ha visto, responde en general a la propuesta reformadora de Sarmiento. Según la declaración del sanjuanino “se basa en la pronunciación americana”, y consiste fundamentalmente, ateniéndose a una adecuación fonética, en la sustitución de *g* por *j* cuando suenan igual, de la *y* vocálica por la *i*, de la *x* por *s* o por los grupos *cs* y *gs*, de *v* por *b*, de *z* por *s* y de *qu* por *c*⁹. En cuanto a los acentos, si bien Sarmiento no fue explícito, en una de las ediciones de su propio relato de los viajes que realizó por Europa, África y América, aparecen determinados usos que también están presentes en estos *Apuntes*. Así, por ejemplo, las palabras oxítonas terminadas en *n* como *fogon*, *corazon* o *impresion* no llevan tilde, ni tampoco se halla en ciertas formas verbales de más de dos sílabas como *parecia*, o *percibia*, ni en formas bisílabas nominales, pronominales y verbales como *dia*, *mio*, *oian*. Sí se encuentra el acento ortográfico en paroxítonas nominales terminadas en *n* como *imájen*¹⁰. Se verá que Avelardo suele atenerse a varias de estas reglas, pero alternándolas con usos académicos. Se ha tenido cuidado en reproducir fielmente esta oscilante ortografía del diario.

El discurso y los discursos

La escritura del diario revela la formación, las lecturas sobre diversos temas y las predilecciones literarias del autor. Desde el primer párrafo, manifiesta su identificación tanto en la forma como en el fondo con la prosa romántica:

El 11 de febrero de 1876, día designado para mi partida a Buenos Aires, amaneció nublado i lluvioso. La naturaleza parecia asociar sus sombras a las de mi espíritu atribulado. ¡Cuesta tanto abandonar el hogar materno i decir adiós a los seres que nos aman, alejarse quizá para siempre!

⁹ Respecto a este tema, véase VERDEVOYE, PAUL. “La cuestión de la ortografía”. En *Domingo Faustino Sarmiento, educar y escribir opinando*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1988, pp. 197-208; y CONTRERAS, LIDIA. “Sarmiento y la polémica ortográfica en Chile”. En *Actas del VIII Congreso Internacional de ALFAL*. México-Tucumán: 1991, pp. 235-242.

¹⁰ Respecto a la acentuación en el citado texto de Sarmiento, véase ROJAS, ELENA. “Nota filológica preliminar”. En *Viajes...*, edición crítica. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Los viajes encierran una incógnita cuya solución buscamos guiados por los primeros síntomas de la nostalgia. La idea de encontrar la muerte en medio de la montaña, del desierto que vamos a atravesar o del mar que vamos a navegar, se interpone como una nube siniestra entre nuestro punto de partida y el horizonte lejano del país a que nos dirigimos. Toda despedida es imagen de la eterna despedida de la muerte¹¹.

Sin embargo, como ocurre en otros cultores argentinos del Romanticismo –Sarmiento a la cabeza–, la frecuente nostalgia del movimiento por la desaparición de la sociedad preindustrial, aparece reemplazada por un entusiasmo ante el progreso que se emparenta con las aspiraciones del positivismo. Es evidente que la pobreza, la precariedad, la dispersión y el desamparo de la vida campestre que describe Avelardo, diferían radicalmente del pintoresquismo y del sólido entramado socio cultural de las aldeas europeas que románticos alemanes, ingleses o franceses lamentaban ver arrasados por la Revolución Industrial. El joven se siente conmovido indudablemente, por las formas de vida de las familias campesinas, como puede comprobarse en el fragmento siguiente, pero asimismo es fácil deducir que no le parecen situaciones dignas de perpetuarse:

Una que otra luz revelaba a la distancia la existencia de otros hogares más miserables quizá que el que ardía a pocos pasos de nosotros, en torno de los cuales se veían algunos gauchos y cholos bailando al son de una mala guitarra. La luz del fogon campesino siempre inspira tiernos sentimientos. La esposa no tiene para el hijo amado otra cuna que sus brazos desfallecidos, el pastor miserable y vagabundo, el gaucho que entristece las selvas con las notas de su guitarra, encienden esos fuegos en la única hora en que son libres y felices. El fogon es para ellos su centro social y el fuego el único amigo que los abriga.

¹¹ La lectura de los autores románticos influyó en la vida de Avelardo aun antes de su nacimiento. En el Jujuy de mediados del siglo XIX, Genara Castañeda leyó, durante su primer embarazo, una novela sobre los desdichados amores del filósofo Abelardo y su discípula Eloísa. Impresionada, decidió dar esos nombres a hijos suyos. Nació una niña y efectivamente, fue bautizada Eloísa. Vino luego un varón que recibió el nombre de aquel amante medieval, y que es, por supuesto, el autor de estos *Apuntes*. La *v* de su nombre en lugar de la *b* parece que tuvo algo que ver con la simbología de “ave”, nueva torsión de inspiración romántica.

El Progreso con mayúscula es la gran aspiración que una y otra vez se reitera en el diario. Quizá el entusiasmo del joven por la ciencia se despertó muy temprano y lo orientó hacia los estudios de la medicina, como puede conjeturarse a partir de una referencia a su estadía en Córdoba¹². La fe en el progreso aparece muy pronto en su escritura. Después de relatar la dolorosa despedida de sus padres, hermanas y amigos, introduce una serie de datos sobre Jujuy. Ya hemos visto la opinión que le merecían varios de sus gobiernos, y concluye con el siguiente párrafo:

Jujui espera dormitando la hora de despertar, como la aguardaban antes, sentadas a la sombra de la muerte, algunas de las Provincias hermanas. Abiertas sus puertas por el gran Ferro-Carril del Norte, ella será lo que está llamada a ser, lo que de sus tradiciones debe esperarse en orden al progreso moral i material.

Poco después, al llegar a Salta, envía el primer mensaje a su familia desde la oficina de telégrafos. Esa misma tarde recibe la respuesta de su madre y comenta:

Es fácil imaginarse la impresion grata que mi corazon podia experimentar. Gracias al buen funcionamiento del telégrafo sabia qu^e mi familia se encontraba buena: esto era mucho, a la distancia nada otra cosa podia aspirar.

A lo largo del relato, no deja de referirse a las idas y venidas de telegramas que lo mantienen en contacto con su casa, y consigna los graves inconvenientes que se producen cuando en Córdoba y Rosario hay una interrupción de las líneas. Y más allá de sus propios comentarios, puede comprobarse el significado de esta revolución de las comunicaciones en aquellas inmensidades casi desiertas, cuando cuenta que un inspector de la compañía de telégrafos fue recibido en el pueblo de Medina con los honores de un visitante ilustre. Pero es el ferrocarril el centro de todas

¹² "Al atravesar las calles de esta ciudad, tuve el placer de encontrar al señor don Carlos Rabellini, doctor en medicina, quien durante su permanencia en Jujuy en años anteriores, arrebató mi vida con los prodigios de la ciencia i de su saber de los umbrales de la muerte".

las preocupaciones y pasiones de Avelardo. Ya se ha visto que aparece en una de sus primeras referencias al progreso del que está necesitada su provincia. Y cuando relata el encuentro frente a frente con el Ferrocarril del Norte no puede contener el entusiasmo que lo desborda:

Lo primero que hirió mis oídos fue el silvato de la locomotora, anunciando que llegaba el tren a la estación. ¡Oh! Qué espectáculo grandioso e imponente el que produce en el ánimo por vez primera este magnífico arte de la mano del hombre! La locomotora es la industria, el comercio, el arte, la ciencia, la poesía, la conductora de hombres i la rejugeneradora de pueblos; la transformadora del mundo por el ingenio humano i el elemento más poderoso de nuestra futura grandeza. [...] Las grandes ventajas que el país reportará del Ferro-carril del Norte se empezarán a sentir el día que se deje de oír el ruido del martillo después de clavar el último riel en Tucuman, i luego se extiendan hasta Jujui, punto final de todos los caminos del Interior. [...] El Ferro-carril del Norte está llamado a llevar la vida a las poblaciones diseminadas en aquella parte de la República casi desierta, a derramar en su paso la fecundidad, a cubrir de colonias centenares de leguas de terrenos incultos. [...] Apenas el sonido de la corneta metálica de sus locomotoras disipe la sombra del pasado que envuelve a las ciudades del Norte de la República, cual en otro tiempo abatieron las trompetas de Josué las murallas de Jericó, se realizarán grandes acontecimientos de utilidad i provecho jeneral para todos los hermanos argentinos. I merced a este camino, la educación de las masas adquirirá el carácter práctico de que carece en el Interior.

Parece que el problema de la educación lo preocupaba de modo muy particular, posiblemente porque todavía estaban frescas sus propias experiencias como colegial. Y vuelve a referirse a la relación entre el progreso que traerá el ferrocarril y sus repercusiones en la educación, esbozando una suerte de programa de estudios cuando se encuentra en Rosario anta el Ferrocarril Central Argentino:

Merced al Central Argentino, que liga la ciudad de Córdoba con el Atlántico, puede hoy el astrónomo, Colón de los cielos de Sud-América, lanzarse en una inmensidad desconocida e inesplorada i estasiarnos con sus revelaciones. [...] Las matemáticas, la física, la química i la historia

natural presentarán dilatados horizontes a los espíritus lanzados en su vuelo, i pondrán a la juventud en las vías que conducen a lo bello i a lo útil. La física explicando la naturaleza i las propiedades de los cuerpos, i la química analisándolos i comparándolos, estimulará a los que se dediquen a ellas a abrazar otros estudios que serán de remarcable utilidad para estos países desconocidos. [...] Merced al Central Arjentino el firmamento, la montaña, el rio i la tierra; el astro, el árbol, el metal, la flor i la yerba, pasarán por el ecsamen de la ciencia, por el análisis del telescopio, de la retorta i del microscopio. Dada una revolucion científica de tanta magnitud ¿podría haber dejado el corazon de ecsijir a las ideas nuevas un rayo de luz? Seguramente que no. El corazon arjentino también tendrá su parte, en este festín de la libertad i del progreso, de la paz de los pueblos i de la amistad de los hombres¹³.

Como señalábamos al principio, el diario se dispara en distintas direcciones, y da muestras, así, de una cierta plurivocidad. Puede comprobarse el contraste entre la prosa influida por el Romanticismo, donde priman la melancolía, lo sombrío y las alusiones a lo misterioso, con la exaltación entusiasta, el optimismo y el racionalismo propio del discurso científico de los fragmentos citados. Asimismo, la formalidad del estilo y las expresiones ceremoniosas aparecen mechadas con ironías y hasta mordacidades¹⁴.

Los diversos tipos de discurso que atraviesan la escritura, permiten deducir la formación que había recibido en su provincia este viajero nacido en 1856. Por ejemplo, la mención de las trompetas de Jericó en su elogio al Ferrocarril del Norte no es un caso aislado ya que recurre con frecuencia a la Historia Sagrada para desarrollar comparaciones, como esta referida a las tribulaciones del camino hacia Yatasto:

¹³ Respecto a los valores espirituales que parece aludir con el “corazón argentino”, hay que señalar que, a pesar de sus encendidos elogios a Rosario, critica que tiene una sola iglesia y que carece de actividades artísticas y literarias “cuya ausencia caracteriza a los pueblos esencialmente comerciales i consagrados por completo al desarrollo de los interese económicos”.

¹⁴ Por ejemplo, comenta de un compañero de viaje que “parecia que jamás se habia contraído al estudio”.

En la mañana del 21 nos pusimos en marcha, cubiertos por una nube menos benigna que la que cobijaba a los Israelitas en su viaje por el desierto a la tierra de Promisión, pues en vez de facilitarnos la marcha nos la entorpecía con la lluvia que arrojaba en nuestro camino, cubierto de precipicios que ponían el coche en peligro de muerte.

Ya cerca de la ciudad de Tucumán, al describir un amanecer, parece evocar láminas que quizá adornaban las paredes de su casa¹⁵, cuando dice de dos cerros:

Dos aureolas rodeaban la frente de ambos colosos: la una fuertemente acentuada i rojiza, la otra vaga i azulada. La primera me recordó la aureola ígnea del Sinaí i la segunda el pálido resplandor de las montañas del Nazaret.

Y dada la permanente necesidad de agua en las travesías por los yermos, cuando encuentran un manantial después de varias horas de calor desesperante, improvisa un bíblico cántico de alabanza:

El agua! Espejo de los cielos! [...]. Te nombro i recuerdo a Rebeca dando de beber a Eliecer; a Moisés haciéndote brotar de la roca del desierto; al pueblo judío aumentando con sus lágrimas tu caudal en los ríos de Babilonia; al Precursor bautizando contigo en el Jordán. Agua clarísima, agua de salud!

No faltan tampoco, aunque menos frecuentes y más generales, las referencias a la mitología clásica. Describe así, por ejemplo, al Aconcagua:

El espectáculo que presenta esta montaña es seductor a la distancia: las nieves perpetuas de su cima parecen una gran mole de plata, cual corona suspendida en las sienas de los dioses del Olimpo.

¹⁵ Sarmiento cuenta en *Recuerdos de provincia* que, en su casa, como en todas, las escenas bíblicas decoraban el ámbito doméstico.

Y al narrar una noche desesperante que pasan en un desierto, refugiados en el carruaje sacudido por una tormenta y muertos de frío, dice que se encontraban en una región “triste i helada, aterrante i solitaria, semejante al Erebo que nos cuenta la mitología”.

Pero el discurso que estructura básicamente estos *Apuntes* es el originado en una indudable lectura de relatos de viajes, y aunque Avelardo no cita ninguno en particular, es evidente que los frecuentó y que lo hizo prestando mucha atención a sus rasgos distintivos. Se trataba posiblemente, de *Impresiones de viaje*, como las que menciona Sarmiento en el prólogo de sus propias memorias viajeras: “Las *impresiones de viaje*, tan en boga como lectura amena, han sido explotadas por plumas como la del creador inimitable del género, el popular Dumas”¹⁶. Los resultados de la asimilación de este tipo de discurso merecen un nuevo apartado.

El relato de viajes

A pesar de que el relato de viajes es un género del que hay testimonios muy tempranos en la letra escrita, y que mantuvo una vigencia sostenida a través de la historia tanto de Oriente como de Occidente, no conoció preceptivas ni codificaciones como las que la retórica fue elaborando para otros géneros. Su discurso se consolidó independientemente de cualquier prescripción de los círculos eruditos de cada época, a través de la lectura de los textos y de la reproducción de sus recursos expositivos. Lo que llama la atención es que un género desarrollado con tal nivel de libertad para sus autores haya mantenido, sin embargo, ciertas características estables que reaparecen bajo distintos tipos de escritura, siglo tras siglo¹⁷.

Miguel Ángel Pérez Priego ha estudiado el ordenamiento de los materiales en un corpus delimitado de libros de viajes, y señala que “la

¹⁶ SARMIENTO, DOMINGO F. *Viajes por Europa, África y América*, edición crítica coordinada por Javier Fernández. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 3.

¹⁷ Véase un estudio reciente sobre el estado de esta cuestión en SPANG, KURT. “El relato de viaje como género”. En *El viaje en la literatura hispánica*, Julio Peñate y Francisco Uzcanga (eds.). Madrid: Verbum, 2007, pp. 15-30. Por mi parte, me he ocupado del tema en CARRIZO RUEDA, SOFÍA M. *Poética del relato de viajes*. Kassel: Reichenberger, 1997; y en *Las escrituras del viaje*. Buenos Aires: Biblos, 2008.

narración se articula básicamente sobre el trazado y recorrido de un itinerario”, que “el narrador se ve obligado a adoptar también un orden cronológico con el fin de dar cuenta más o menos puntual del desarrollo del viaje”, que respecto a los lugares “hay un propósito totalizador de describirlo todo, de incorporarlo todo al relato” y que la descripción de ciudades responde a un esquema basado en la situación geográfica, la fecundidad de la tierra, edificaciones y monumentos, y costumbres de los habitantes¹⁸. El diario de Avelardo coincide puntualmente con estas pautas organizativas, pero lo curioso es que el corpus estudiado por Pérez Priego es el de los libros de viajes medievales compuestos entre el siglo XIV y el XV. Sobran razones para pensar que el joven jujueño no había leído ninguno de estos pues solo unos pocos eruditos de la época tenían acceso a ellos. Pero, evidentemente, la eficacia comunicativa del modelo lo mantuvo vigente de generación en generación hasta los autores que pusieron de moda el género en el siglo XIX. Y no solo este ordenamiento de la materia reaparece en el texto que nos ocupa, sino un recurso muy utilizado por los viajeros medievales que es el de la *captatio benevolentiae*, manifestación de humildad por considerarse incapaces de transmitir convenientemente lo que han visto. Por ejemplo, Pero Tafur, andaluz del 1400, advierte a sus lectores:

En Roma estuve toda la cuaresma visitando los santuarios e obras e edificios antiguos, maravillosamente fechos, los cuales yo dudo no solamente poderlos describir, mas aún, aver mirado como se devía¹⁹.

Y en 1876, Avelardo previene a los suyos:

Voi a hacer la descripción, aunque sucinta i llena de deficiencias, de la ciudad de Buenos Aires, sin desconocer un momento, que un trabajo de esta naturaleza está reservado para inteligencias maravillosas i fecundas, i no estériles como la mía.

¹⁸ PÉREZ PRIEGO, MIGUEL ÁNGEL. “Estudio literario de los libros de viajes medievales”. En *Epos*, I, (1984), pp. 220, 223, 226 y 227.

¹⁹ TAFUR, PERO. *Andanças e viajes*. Miguel Ángel Pérez Priego (ed.). Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2008, p. 30.

Pero además de los elementos señalados, hay una morfología propia de los relatos de viajes²⁰ que se caracteriza por dos componentes fundamentales. Uno de ellos es la relación que guardan una serie de informaciones y reflexiones que vertebran el texto con expectativas e inquietudes que comparte el autor con quienes espera que serán sus lectores. Hay casos en los que esa relación no se percibe con nitidez en un primer acercamiento. Pero es obvio que el texto que estamos revisando pertenece a aquellos donde tal conexión emisor-receptor se exterioriza abiertamente. Las frecuentes referencias a la situación del Norte en general y de Jujuy en particular, unidas a las encendidas manifestaciones de fe en el progreso, son expresadas de manera directa y clara, como por parte de quien sabe que será comprendido y seguramente, aprobado. Y hay que tener en cuenta que dada la estructura patriarcal en la que se movía Avelardo, nunca hubiera enviado a su familia un texto que esta hubiera rechazado o censurado.

El otro componente fundamental de la morfología del relato de viajes es la primacía de la descripción, aspecto que el joven viajero trata de no descuidar. Ciudades y pueblos, paisajes desérticos o fértiles, a la luz de distintas horas del día o en diferentes condiciones climáticas, al lado de retratos de diferentes personajes, son objetos que la escritura trata de apresar con apelaciones a todos los sentidos. Véase este fragmento de la partida de Tucumán:

Continuamos la marcha al través de terrenos caprichosos que producen en el ánimo una impresion indeleble. Me imaginaba al pasarlos que en sus entrañas fermentaba el fuego i que la tierra filtraba piedras i agua hirviendo, que a manera de sudor pasaba por sus poros dilatados por el calor. Nuestros pulmones necesitaban aire respirable. El bochorno del día no había cesado. Las hojas de los árboles estaban como talladas en las ramas. Se percibía ese olor a quemado peculiar en la campaña de Tucumán durante el verano, producido por los incendios de los pajonales. Un velo negro e impenetrable se estendió por fin sobre el firmamento. En dirección al Sud empezábamos a ver reflejos rojizos de breve duración que parecían

²⁰ Me he ocupado de las características genéricas de los relatos de viajes en CARRIZO RUEDA, SOFÍA M. *Poética...*, pp. 1-34 y en *Escrituras...*, pp. 9-33.

fogonazos de artillería. Todo presajaba una de aquellas tempestades que no olvida el que viaja por los campos de Tucumán.

Pero aquel casi adolescente, crecido entre las arideces nortefías, experimenta una fascinación sensual desconocida cuando comienza a navegar por el río Paraná:

Las frutas que se desprenden de los árboles i las flores que el viento arranca de las plantas, interrumpen al caer sobre el agua dormida el poético silencio que domina la soledad, mientras que millares de calladas avecillas revolotean en las orillas del río, surcado por ánades blancos.

Cuando pasan las horas del calor i aquellos pájaros, mudos en el día, se tornan vocingleros i el murmullo se aloja en los islotes de aromáticas resinas, i las flores de la tarde empiezan a abrir sus cálices i la brisa comienza su melodía de rumores, i el sol desaparece en la espesura de la fronda, el alma cree escuchar la bendición que fecunda los jérmenes que encierran la tierra, la semilla i el árbol. [...] Mi pluma se niega a pintar la noche azul de las islas porque no encuentra tintas apropiadas en mi infecunda imaginación. La atmósfera embalsamada, el cielo purísimo i las selvas vírgenes del río Paraná no pueden reflejarse sino en el alma.

Respecto a las ciudades, ya se han citado algunas referencias a Córdoba, Rosario y Buenos Aires. Pero como todo autor de un relato de viajes, Avelardo no solo pinta lo digno de elogio, lo bello o lo imponente sino también lo criticable, lo feo y hasta lo ridículo. Por ejemplo, señala de Buenos Aires que la estrechez de sus calles favorece la humedad de los edificios “mui necesitados de sol”. Y aunque afirma que los jardines del paseo público de Salta son de los más bellos que ha visto, no deja de referirse a “una tosca i desairada columna, trabajada de ladrillo i argamasa, cuya arquitectura farsaica y desforme causa la risa de cuanto argentino o extranjero la visita”.

Un “viaje” por los viajes

El itinerario requirió de variados medios de transporte que, por otra parte, representan distintas épocas de la historia del viaje. Se inició del modo más arcaico posible, pues Avelardo partió de su casa a caballo,

acompañado por su padre, tres condiscípulos del colegio, un vecino al que recuerda como “un honrado caballero” y un peón. Cabalgaron hasta la salida de la ciudad, donde se despidieron las amistades y continuó solamente el padre, que un trecho más adelante se separó bruscamente con un pretexto para que no se repitieran los momentos de dolor de la despedida de la madre y las hermanas. Ya solos, el viajero y su ayudante cruzan por un paisaje bello, pero absolutamente solitario. Tienen que encontrar los pasos más convenientes para atravesar corrientes, padecen el suplicio de los malos caminos, beben el agua de los arroyos y finalmente disfrutan de la hospitalidad de una humilde familia campesina en cuyo hogar pernoctan. La hospitalidad, valor inseparable del recibimiento al viajero en los siglos pasados, es aún en el viaje de Avelardo un *leit-motiv*, también en las ciudades.

Desde Salta, el viaje continúa en mensajería, carruaje que como la diligencia hacía viajes periódicos a puntos determinados. Por prestar un servicio público, estos medios de transporte constituyeron un gran adelanto cuando comenzaron a difundirse a partir del siglo XVIII. (Recuérdese que en el *Quijote*, por ejemplo, solo aparecen los carruajes privados de quienes pueden permitírselos y para los demás están los distintos tipos de cabalgaduras). Pero ni los coches, ni los caminos ni las condiciones de vida en buena parte del Norte argentino, en 1876, ofrecían posibilidades de viajar sin sobresaltos. Avelardo relata todas las dificultades y peligros que soportaron. Por ejemplo, cuando para atravesar un río crecido, los pasajeros tuvieron que dejar la mensajería y atarse a los caballos. O cuando marcharon a pie, bajo un sol quemante, hundiéndose en un barrial, para que las ruedas del coche no terminaran atascadas en el fango. Dadas las circunstancias, el mayoral era un personaje de capital importancia, y el autor lo recuerda con afecto: “El mayoral Benjamín Guerrero se mostró mui afable y bondadoso, entreteniéndonos sobre manera con sus chistosos cuentos de viajes”. Es a él a quien designa para padrino en el imprevisto bautizo, y cuenta que, al despedirse, lo recompensaron generosamente.

Pero el gran problema parece que fueron las postas:

La posta es el lugar donde se mudan caballos o pasa la noche el viajero. El Estado subvenciona a los que se consagran a este negocio, que desatienden hasta donde es posible descuidarlo.

Y se repiten descripciones de este tenor:

A la entrada del sol llegamos a la posta de los Algarrobos donde debíamos pernoctar hasta el siguiente día. El alojamiento en esta posta no puede ser peor. Está formada de un rancho miserable de paja, con poyos de barro, i adentro de él uno que otro catre, llenos de chinches i deshechos por la poliya. Los peones que conducian el coche, encendieron una hoguera a pocos pasos del rancho e improvisaron con una rama de árbol, un asador en el cual clavaron un trozo de carne, que previendo la miseria de la posta, se compró en el camino. Quiso la suerte para aumento de nuestro padecer i recargo del cuchillo i de nuestras manos, que ni una vela tuviéramos para alumbrarnos.

Terminan durmiendo sobre cueros de vaca, a la intemperie. Avelardo y sus compañeros descansan de estos sinsabores en las ciudades, donde cada uno es alojado por sus familiares o por amistades que practican las viejas virtudes de la hospitalidad. Finalmente, poco antes de llegar a Córdoba, tiene lugar el mencionado encuentro con el ferrocarril... que circulaba solo de día porque en 1876 no había manera de implementar la iluminación nocturna, Pero no habían finalizado los cambios de medio de transporte para el viajero. En Rosario se embarcó en un vapor con el que vivió aquella seductora navegación por el río Paraná hasta El Tigre, y allí volvió tomar un tren que lo condujo hasta la estación 25 de Mayo de Buenos Aires. Era el 8 de marzo y habían transcurrido 27 días desde la partida de Jujuy. Los diferentes medios de transporte representaban, de algún modo, la etapa histórica en la que vivía cada región del país.

Ya se ha señalado que los pasajeros de la mensajería eran jóvenes estudiantes universitarios. Solo un adulto abordó el carruaje durante un trecho. Fue el susodicho inspector de telégrafos, un español que “supo amoldarse jovialmente a las locuras de sus compañeros de viaje”. No deben haber sido jóvenes demasiado tranquilos. En una ocasión, se divirtieron disparando tiros por la ventanilla para ver como corrían asustados unos avestruces. Es la única travesura que registra el diario, pero no hay que olvidar que sus primeros destinatarios fueron los padres de Avelardo.

Tiempo cronológico, tiempo interior y tiempo cíclico

Si bien el autor organiza su relato de acuerdo con el recurso tradicional del orden cronológico, hay otros dos aspectos que van pautando tiempos diferentes. Uno de ellos es el doloroso recuerdo de la muerte de su cuñado, acaecida unos meses antes del viaje. Avelardo va apuntando esporádicamente, aspectos del suceso que todavía enlutaba a su familia. La enfermedad sorpresiva del joven, su muerte, la viudez de la hermana apenas un poco mayor que él, la orfandad del sobrinito, su cariño por el que llama “mi hermano Julio”. Hay además otros dos hechos que le hacen más dura aún la pérdida. Uno es que Julio Iriarte enfermó precisamente mientras realizaba un viaje por los lugares que él recorre al principio del suyo. El otro es que, según parece, compartía con Avelardo una serie de ideas respecto al progreso y los cambios que necesitaba la provincia. Las referencias a esta dolorosa situación personal conectan el tiempo cronológico del itinerario con el tiempo interior de un recuerdo siempre presente que continúa reiterándose de diferentes maneras.

Otro tipo de temporalidad que se percibe es exterior a la del desarrollo del viaje, aunque lo atraviesa de algún modo: se trata de la celebración del Carnaval. La primera referencia, el 19 de febrero, consiste en aquella humilde escena campestre alrededor de un fogón, y la última es el Entierro del Carnaval, el 5 de marzo, en la ciudad de Rosario, donde presencia un corso que lo impresiona por lo vistoso y alegre²¹. Entre una y otra²², como parte de las descripciones de variados sitios, van apareciendo alusiones a la fiesta carnavalesca o a diversas formas de su celebración. En una posta alejada de todo, el tema de conversación son los bailes que hay por el lugar, una de las noches en que deben pernoctar en descampado –entre ráfagas de viento y mosquitos–, es especificada por el viajero como “la noche, del 26, domingo de Carnaval”, las fiestas llenan de alegría las calles de Lules y de Monteros, y en casa del jefe de telégrafos de Medina se organiza una tertulia de baile al que son invitados los viajeros. Desde el pobre fogón en los campos de Salta hasta

²¹ “El corso era concurridísimo, las personas se manifestaban entusiastas, i la diversidad de las comparsas formaba un contraste maravilloso. El Rosario produjo en mi ánimo una de aquellas impresiones del todo alegres”.

²² Evidentemente, ambas testimonian, como los medios de transporte, la situación económica y social de las distintas regiones.

la gran fiesta a la que acuden los ciudadanos de la próspera Rosario, puede comprobarse que el Carnaval se celebraba en todas partes, más allá de las dimensiones o la situación económica de la población, y que participaban todas las clases sociales. Avelardo señala en una oportunidad que el Carnaval es “una de las fiestas más populares tanto en el antiguo como en el nuevo mundo”, y la lectura de su diario demuestra que en territorio argentino conservaba la universalidad que fue su marca a través de la historia²³.

El tiempo cronológico del viaje es, por lo tanto, atravesado por el tiempo interior del autor y por el tiempo cíclico de los rituales de la fiesta milenaria. Ambas formas de temporalidad nos remiten a aquellos motivos relacionados con materiales antropológicos, mencionados al principio. Pero con ellos se conecta, además, la concepción del viaje que surge de estos *Apuntes*. El joven ruega a Dios que “lo guíe en esta peregrinación” y reitera sentirse “peregrino” en algunas ocasiones en las que habla de su incertidumbre ante el futuro o de descubrimientos sobre sí mismo, como cuando después de un gran peligro experimenta un apego a la vida que le era desconocido. Estas manifestaciones sumadas a la ya mencionada búsqueda de los orígenes revelan que, en el fondo, sentía que su viaje revestía un carácter iniciático. Si bien son menos abundantes las referencias al “yo” que los testimonios sobre diferentes aspectos del itinerario, resulta claro que la lectura de los viajeros románticos le había enseñado a integrar aspectos de su mundo interior con aquel que le iban descubriendo los caminos. En el diario terminan así entreverados los motivos relativos al sujeto y al tiempo cíclico con las preocupaciones del aquí y el ahora por un progreso científico y social.

Epílogo

Avelardo concluyó su carrera de Medicina, pero no regresó a vivir en Jujuy. Durante los años en Buenos Aires, como era previsible, conoció a una joven porteña con la que se casó, y estableció su hogar y su consulta profesional en la Capital. Varios años después, ya padre

²³ He trazado un panorama de esta historia, desde Roma hasta el territorio argentino durante el siglo XIX. Véase CARRIZO RUEDA, SOFÍA M. “Cuando el público es el actor. Ritos, transformaciones y conflictos en la persistencia del Carnaval”. En *Historia del actor*. Jorge Dubatti (coord.). Buenos Aires: Colihue, 2008, pp. 81-100.

de seis hijos, regresó a su Jujuy natal, designado ministro de Salud Pública. Pero pronto renunció y regresó a Buenos Aires, profundamente desilusionado porque las intrigas políticas no le habían permitido realizar las reformas que él creía indispensables. Se dedicó, de allí en adelante, solo a su familia y a su profesión. Cuando era un joven recién llegado, escribió en sus *Apuntes*:

He visitado el cementerio llamado “Recoleta” i he notado que a la elegancia i buena distribucion de los monumentos i sepulcros, rene las mejores condiciones hijiénicas [...]. Al penetrar en este cementerio se borran de la mente las imájenes tétricas que la muerte inspira. Es un jardín cultivado por manos cariñosas, inundado de luz i cubierto de flores. Parece que de allí a la inmortalidad no mediara sino un paso...

Allí reposa hoy Avelardo, rodeado de los suyos. Pero en su relato de viajes continúa haciendo oír su voz de muchacho lleno de inquietudes, romántico y positivista, cortés y algo socarrón, del Norte y de Buenos Aires, proclamando sus sueños para un país que apenas tenía 66 años. Hoy está cumpliendo 200 y las comparaciones con aquella utopía de un joven argentino se quedan para cada lector...

Sofía M. Carrizo Rueda
Universidad Católica Argentina

Bibliografía

- CARRIZO RUEDA, SOFÍA M. *Poética del relato de viajes*. Kassel: Reichenberger, 1997.
- . *Las escrituras del viaje*. Buenos Aires: Biblos, 2008.
- . “Cuando el público es el actor. Ritos, transformaciones y conflictos en la persistencia del Carnaval”. En *Historia del actor*. Jorge Dubatti (coord.). Buenos Aires: Colihue, 2008, pp. 81-100.
- CONTRERAS, LIDIA. “Sarmiento y la polémica ortográfica en Chile”. En *Actas del VIII Congreso Internacional de ALFAL*. México-Tucumán: 1991, pp. 235-242.
- LUNA, FÉLIX. “Los indianos”. *La Nación*, Suplemento cultural, Buenos Aires, 18 de octubre de 1992, pp. 1-2.

- PÉREZ PRIEGO, MIGUEL ÁNGEL. "Estudio literario de los libros de viajes medievales". En *Epos*, I, (1984), pp. 217-239.
- ROJAS, ELENA. "Nota filológica preliminar". En SARMIENTO, DOMINGO F. *Viajes por Europa, África y América (1845-1847)*. Edición crítica coordinada por Javier Fernández. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. XXV-XXVIII.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. *Viajes por Europa, África y América (1845-1847)*. Edición crítica coordinada por Javier Fernández. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- SEGRE, CESARE. *Principios de análisis del texto literario*. Barcelona: Crítica, 1985.
- SPANG, KURT. "El relato de viaje como género". En *El viaje en la literatura hispánica*. Julio Peñate y Francisco Uzcanga (eds.). Madrid: Verbum, 2007, pp. 15-30.
- TAFUR, PERO. *Andanças e viagens*. Miguel Ángel Pérez Priego (ed.). Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2008.
- VERDEVOYE, PAUL. "La cuestión de la ortografía". En *Domingo Faustino Sarmiento, educar y escribir opinando*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1988, pp. 197-208.